

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION



TRADICIONES D GUATEMALA



UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

15

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

Centro de Estudios Folklóricos

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLÓRICOS
BIBLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

15

Guatemala, Centroamérica

1981

BIBLIOTECA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLÓRICOS
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLÓRICOS
BIBLIOTECA

CRONICAS

LAS ANTIGUAS COSTUMBRES DE SAN PEDRO LA LAGUNA, SOLOLA

Luis Batz

1 Las viviendas

Antiguamente la población de San Pedro estaba formada por ranchitos pajizos, con sus barbitas recortadas y un apaste de barro en sus coronillas para evitar que se filtrasen las aguas de la lluvia.

Estas humildes viviendas constituían un peligro y por eso los vecinos de San Pedro vivían en zozobra, pues un chispazo en uno de los ranchitos sería tremendo, ya que estaban hechos de materiales especialmente transmisores de siniestros. Eran muy bajitos y sin ninguna ventilación; el humo se encerraba y para comer en ellos era necesario sentarse en el piso de tierra para no ahogarse por el humo. La misma piedra de moler servía de mesita, cada miembro de la familia alargaba sus manos para limpiar sus tortillas o para embarrarlas de comida depositada sobre la piedra.

Las estadísticas familiares reportaban en cada estación seca del año, cientos de ranchitos convertidos en ceniza; el tañir melancólico se escapaba del vetusto campanario: tan... tin... ton... , etc. Eran noches de triste recordación; las llamas y el humo se enseñoreaban sobre los humildes ranchitos, el grito desgarrante de los moradores lamentando la pérdida de sus pertenencias; el crujir de ratas sorprendidas desde sus madrigueras soltando olor a carne **chojineada**, gatos descontrolados por el humo; el revoloteo de una gallina clueca buscando la hoguera; perros amarrados a los cercos se ahorcaban antes de ser quemados;

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS Etnológicos
BIBLIOTECA

cerdos hirviendo en pura manteca; alguno que otro rechoncho pato metiéndose entre las patas de los socorristas.

2. El templo católico

Sus paredes eran de grueso muro apelmazado de barro y piedras, de un ancho de vara y media. Uno de los movimientos telúricos trajo abajo su techo de teja horneada. Provisionalmente se hizo un techo amarrado con bejuco de quilamul (enredo que les servía como pita de amarre). Unos palos rollizos, gruesos y largos (les llamaban **boloj ché**) servían de tendales y también de tijeras. Las costaneras iban atravesadas sobre las vigas (les llamaban **cuchub**). Cada miembro de la cofradía contribuía con uno de estos palos, que eran menudos de diámetro pero largos, amarrados con **saj-ché** (corteza de un árbol para amarrar la caña sobre los **cuchub**). Los **ajsajbá** eran las personas encargadas de formar el esqueleto de la construcción y en su lomo ya que parecía un cuadrúpedo de dos aguas y de ahí los restos de apaste para no pudrir el techo de paja. Olvidados por un tiempo los movimientos sísmicos, nuevamente se volvió a construir el techo de teja de barro cocinado.

Esta época era muy confusa. El indígena indiferente estaba aferrado a sus ritos antiguos. Había ciertos resquemores hacia la nueva fe de los blancos, por más adoctrinamiento que se hacían, y eran bien contados los naturales que medio entendían la lengua del europeo, a pesar del esfuerzo de los misioneros por hablar el enredado idioma tzutuhíl.

Como consecuencia de la profanación del templo, fue el siniestro del siglo pasado.

2.1 El siniestro

El individuo Salquil, brujo de San Pedro, llevó a sus pupilos a officiar ante el patrono del pueblo. Dio inicio a sus actos tachonando sendas candelas a los pies de varios santos, y prendió una candela gigante de pura cera colmenar ante la cruz. Era costumbre antigua que después de la crucifixión envolvían la cruz en unas esteras y la amarraban con cibaque hasta desenrollarla para la otra Semana Santa.

El oficiante había terminado la primera parte de sus

ritos y se paseaba ante las imágenes, saludándolas mientras empinaba sus copones de pura chicha.

La gran tragedia ya estaba por consumarse, como si los efectos de la embriaguez y los saludos y libaciones del brujo debilitaran la gigantona candela al pie de la cruz, y cayó donde empezaba el envoltorio y en términos de segundos lamió toda la funda inflamable y un gran hongo de fuego y humo negro salió con mucha furia hasta el tejado. El atontado brujo corrió con su garrafón a rociar a los santos, escaparates, urnas, cuadros en alto y bajo relieves. Santos y santas de primera y segunda categoría fueron prodigados y rociados con pringuitas de chicha como postrer adiós para recibir la inminente desaparición, que venía cerrándose sobre la cabeza del arte de aquella noche trágica, y por último se dirigió al portón, que era una bellísima puerta barroca, también a echarle lo que quedaba de su garrafón.

Todos los objetos de arte de la época colonial que habían en la iglesia de San Pedro fueron pasto del gran siniestro. Lástima grande la pérdida de valores artísticos del siglo XVIII que se redujeron a ceniza.

Lenguas de fuego avanzaban inexorablemente. Cuando el pueblo despertó, el siniestro había alcanzado su grado máximo y no permitió el ingreso de nadie. Las grandes vigas aún caían sobre lo que quedaba adentro y bolas de fuego se elevaban a grandes alturas, apagándose en el cielo, sin encontrar alimento por el espacio. Horas después ya solamente chispazos como luciérnagas salían de todas partes. El intenso calor y la gran iluminación del pueblo había cesado. Todo empezaba de nuevo a silenciarse y sumergirse en la misma obscuridad de aquella noche fatal y dolorosa para una futura generación, que perdió contacto con la cultura artística de una brillante época de la humanidad.

La magnitud de la tragedia quizá no la comprendieron nuestros antepasados por su misma pobreza. Lo que más lamentaron fue la construcción forci-voluntaria de otro techo, que dio inicio en los albores del presente siglo.

Si acaso se salvaron algunas imágenes, eran las que estaban en el baptisterio, por ser la misma torre que va hasta el campanario o porque el mismo brujo trató de salvar a unos, por ejemplo, el patrono del pueblo.

Pero lástima grande porque no pudo salvar al que estaba en el trono, sino que se conformó con llevarse el segundo, que era más pequeño. De todos modos quedó bastante averiado por el intenso calor y el humo, desfigurando así al único sobreviviente de la gran tragedia. Pero a pesar de todo, contra viento y marea siguió paseando el salvado de las llamas en las procesiones patronales; su cuerpo era muy delicado y a la vez desajustado. Cuando lo llevaban en andas tronaban las piezas de la imagen.

Se construyó una galera y se prestaron algunos santos, para que el interior no quedara del todo vacío. Después de reconstruida la iglesia, don Juan Chavajay donó una imagen de San Pedro, la cual, a pesar de su mediano tamaño era muy pesada.

Años más tarde, unos pedranos quienes viajaban a San Felipe Retalhuleu, en la posada descubrieron una imagen de San Pedro. Después de suplicar y rogar al dueño, la trajeron. Fue así como se recobró al sobreviviente del siniestro.

Don Manuel Cortez mandó a construir el trono que por mucho tiempo estuvo ocupado por la imagen venida de San Felipe.

Don Diego Televario donó cuatro imágenes a la iglesia: Santo Domingo, San Andrés, la Virgen del Rosario y San Juan Apóstol. Otro tanto hizo el señor Nima-Achí. Más tarde se compró una imagen de la Virgen de la Medalla Milagrosa. Así sucesivamente se fue completando el número de santos de la iglesia.

Después se le dio un retoque al patrono del pueblo o sea al venido de San Felipe Retalhuleu. Esta vez nadie de los **principales** se atrevía a subir hasta donde estaba el santo patrono y solamente uno de tantos subió y le dijo: —“venga viejo cabeza pelona, hoy te destronaré a que bajas hasta el piso a sufrir un poco de frío allá con los demás”. Se quitó la ancha faja de su cintura y abrazó al patrono cargándolo hacia abajo, pero en una de las incomodidades, el santo perdió un dedo. El cargador se impresionó demasiado, pero dejó pasar su falta de respeto, como la consideraron los demás compañeros.

El tiempo pasó. Un día este hombre venía bajando a paso de peldaño la montaña y se precipitó a un gran

barranco. A duras penas se recuperó su cadáver y todos confirmaron que la desgracia fue por su falta de respeto al santo patrón aquella vez que lo bajó de su trono.

3. Las cofradías

3.1 Palabra castiza deformada en el tzutuhíl (**martomá**). Los mayordomos eran los encargados de la limpieza y de la mayor disciplina en sus cofradías.

Eran siete personas las que componían este cuerpo legalmente constituido. En orden jerárquico desde el Señor Cofrade, le seguía el Juez y de allí los cinco mayordomos, del primero al quinto.

Aquí hablaré únicamente de la manera como se desarrollaron los actos de las cofradías, las cuales tal vez no fueron ni siquiera la intención ni la finalidad de sus fundadores.

Aquí lo que sucedió fue resucitar antiguas y viejas leyes y costumbres mezcladas con la nueva fe del cristianismo.

Fue una oportunidad del indígena para desahogar sus pasiones y practicar sus costumbres adulterando y confundiendo cristianismo y antiguos ritos.

En San Pedro fueron seis cofradías las que se erigieron: Santa Vera Cruz, la Inmaculada Concepción, San Nicolás, Nuestra Señora del Rosario, San Antonio y el Santísimo Sacramento.

Ellos repartieron los días de la semana y asistían una cofradía a la iglesia para atender cualquier eventualidad, por ejemplo, un difunto que enterrar, un ahogado que buscar, asistir a los enfermos, etc. Era a la vez un auxilio para la comunidad.

Cada cofradía tenía diferente símbolo y lo portaban sobre un estandarte, cuando salían a pedir limosna, e iban recogiendo cuanto les daban los vecinos: mazorcas, chile, café, dinero, etc., etc.

3.2 Para los difuntos

La cofradía de turno era la encargada de abrir la fosa donde sería enterrado el cadáver y a la hora señalada del

entierro llegaban con su trágico estandarte (**El cam'bal Animá**). Era un macabro cuadro, una cabeza pelona, con un largo cuello y pintado magistralmente su esquelético cuerpo, portando a los lados un gran lienzo negro y en centro una cruz en blanco.

El estandarte representaba al reino de San Pascual, Justicia y príncipe de las tinieblas. Era el encargado de invitar al espíritu del difunto a abandonar la morada terrenal e irse a la otra que le esperaba según sus obras.

El día domingo era especial y las seis cofradías hacían comparecencia. El sampedrano, desde su nacimiento hasta su muerte, se ligaba mucho a la religión. Desde niño ingresaba al oficio de semanero. Los semaneros eran los encargados del aseo de la iglesia, barrer los patios y calles aledañas a la misma, sacudían los muebles, como también las imágenes. Guardaban estrictas tradiciones, como no soplar el polvo sobre los santos por temor a despozolarse sus dentaduras; desde el campanario llamaban a misa, como también tocaban las campanas para los difuntos, etc.

3.3 Los chajales

Palabra que se acortó, porque antiguamente era **chajil quiej** o sea "cuidadores de las caballerizas". Estos eran jóvenes solteros que por una u otra causa no buscaban compañía de hogar. Les daban este cargo de cuidar las bestias que servían para las misiones.

3.4 El pixcar

Palabra castiza zutuhilizada (o sea **fiscal**). Era el último cargo a desempeñar. Eran muy contados los ancianos que llegaban hasta este puesto donde cerraban con broche de oro toda una actividad, tanto religiosa como civil. Se encargaban de cuidar la iglesia y a la vez eran los jefes de los semaneros como también de los chajales.

La vida religiosa y civil empezaba con el semanero y poco a poco se iba escalando a los puestos jerárquicos, intercalando todos los servicios *ad honorem*, como de alguacil de la municipalidad, después mayordomo de la cofradía de

Santa Cruz, la Virgen María del Rosario, San Nicolás, San Antonio y Sacramento, hasta llegar a juez de las cofradías. En adelante ya les confiaban una cofradía. Así, iban escalando hasta llegar a Cofrade del Santísimo Sacramento. Para esto ya habrán ocupado algunos puestos en el Cabildo, como de primer mayor, regidor, síndico, y por último alcalde municipal, con su respectiva imagen del Santo Andrés.

De aquí en adelante era hombre respetado y querido dentro de la comunidad, le besaban manos y pies. Así, pasaban a engrosar la fila de los **principales** y **consejeros del pueblo**. Llevaba con mucho honor y dignidad el zute ceremonial sobre su hombro izquierdo.

Habría un receso de actividad y por último lo nombrarán **pixcar**. Ya cuando el achaque de los años se haga más prolongado se retiraba a su casa.

La autoridad religiosa y la civil estaban íntimamente ligados. Del seno de los principales salía el hombre quien ocupaba la silla de la alcaldía. De allí mismo salían todos los nombramientos, menos el de los alguaciles, que era el único privilegio que tenían ellos para nombrar a sus sucesores.

Entonces nadie se salvaba aún presentando excusas válidas. Una vez nombrado por el consejo de ancianos era obligado por la municipalidad a cumplir con su obligación de recibir en su casa la cofradía, y si no tenía casa podía pedir prestada o alquilada y si se negaba era citado a comparecer ante el alcalde, quien fungía también como juez de paz. Oía al demandado por simple requisito de ley y lo mandaba derechito a la cárcel. Hasta aceptar su nombramiento lo dejaba ir a casa, ya cuando la muchedumbre había hablado en contra del rebelde por los cuatro vientos. Si persistiera en su negativa era mandado a un camino bien concurrido y bajo custodia de un alguacil canteaba piedras, mientras los grupos de transeúntes lo pelaban de pies a cabeza, echándole en cara su desobediencia al no aceptar una cofradía o algún puesto en la jerarquía religiosa.

3.5 Las texeles

Una palabra compuesta, mitad dialecto y la otra castellano deformado (**Te**: madre; **Xel**: celos = Celadoras de las cofradías).

Todas eran mujeres solteras y eran a la vez las que preparaban las bebidas que se tomaban en las cofradías, para las diferentes fiestas religiosas: como decir, **Matz** (atole picante de masa), **Kutuj**, bebida que además de ser picante lleva otros condimentos como alucema, comino, pimienta en polvo; el **Sakáya** (pinol), maíz molido con pepita de pataxte; el **Chaquí'j'yá**, maíz molido con cacao, diferente al chocolate; el **Kaj** (harina), maíz molido con chan.

Durante las pomposas procesiones del gran Nimakij, las celadoras caminaban erguidas detrás de los diferentes santos de sus cofrades exhibiendo orgullosas sus gigantes candelonas artísticamente torneadas.

3.6 El higuero

Tanto los mayordomos como las texeles, recogían el fruto de la higuera y en un día especial todas las texeles se daban a la difícil tarea de moler el fruto tostado, de donde sacaban una espesa resina infernal. Después de colado lo echaban en faroles de bronce. Con una mechita hacían encender la llamita azulada y perpetua ardiendo a los pies de los santos de la iglesia.

3.7 La mayordomía

La intención de los fundadores quizá fue otra, un acercamiento a Dios por las buenas obras, además de la obligación de recaudar fondos para la misma iglesia.

En la actualidad todas las personas de 55 años coinciden en haber escuchado las grandes piezas oratorias del **tioxinem** pero como eran de los últimos, ya no lo aprendieron. Los más viejos se excusan de haber olvidado toda la gama que componía las antiguas palabras, únicamente sueltan algunas frases de las viejas costumbres.

Siete personajes componían este cuerpo religioso: el cofrade, el juez y los cinco mayordomos, del primero al quinto.

El cofrade da órdenes al juez y éste las trasmite a sus mayordomos. El juez únicamente visitaba la cofradía para los días de turno de la semana, como también los domingos y los días festivos, que por lo regular eran muy abundantes.

Los mayordomos llegaban diariamente a la cofradía a las tres de la madrugada, con una tinaja de agua sobre sus espaldas. Hacían el aseo de la casa de la Ermita: lavar floreros, cambiar la alfombra de pino, barrer, colocar macetas, mudar a los santos, etc. A las 6:00 a.m., los llamaban a recibir un gran **tzimay** (morro) de **Kutuj** y se retiraban a sus casas.

Para el día de turno eran esperados todos con la misma rutina. El juez llegaba a las 6:00 a.m., y era recibido por el 5o. mayordomo, quien le besaba la mano y le descubría la cabeza y lo entraba hasta la casa de la Ermita, donde el resto de mayordomos reverentemente se levantaban a besarle la mano. Si por alguna necesidad tenía que ausentarse el señor cofrade ese día, dictaba las órdenes pertinentes a su juez y le decía:

"At-qui-ni-mal (Eres el principal de ellos, son tus servidores).

E-ru-bí - ak-a E-ru-bí a guakán (Son tus miembros de pies y manos).

Llevadlos a la iglesia y a la hora del almuerzo traedlos a toditos en un puñado, que no se quede uno atrás de todos."

Era costumbre que en las cofradías se servía únicamente como almuerzo el **Kutuj**, con una canastada de tortillas (qué coincidencia: atole de masa picante con tortillas! En otras casas servían carne de res, pero esto sería gusto del cofrade hacer tal desembolso, ya que la costumbre era solamente **Kutuj** para el almuerzo. El día domingo se servía carne de res con verduras y para la cena frijoles, etc., etc.

3.8 El yaconem: levantada, recordatorio

Los mayordomos con mucha antelación habían llegado de casa en casa de los señores principales y consejeros del pueblo a invitarlos a estas fiestas.

Las invitaciones no eran simples y llanas como cualquier invitación. Se hacían observando rigurosamente las fieles costumbres y eran el juez y el primer mayordomo los encargados de pronunciar el famoso **tioxinem** (Este era una

invitación al convivio sagrado, un solaz convivio entre mortales, apóstoles y santos de la iglesia).

Aquí los principiantes a mayordomos tenían que abrir bien los oídos y balbucir de labios al ver y oír el manantial de palabras brotadas de labios de sus compañeros mayores.

Mientras tanto, el principal a invitar, permanecía atento desde adentro de su casa y el **tioxinel** redoblaba su voz, para poder dominar desde afuera toda la casa. Si el viejo a invitar permanecía silencioso hasta terminar la pieza oratoria, era señal de que el **tioxinel** había concluido feliz. Pero de lo contrario, si el viejo fingía malhumorarse era señal de que el orador había de concluir, antes de permitir que el viejo se levantara desde donde estaba y se asomara a su puerta a reprender al **tioxinel**.

Por lo regular, en el dialecto se duplicaban las amonestaciones, no importando que se empleara una palabra castiza mal pronunciada con un homólogo en tzutuhíl, como decir **jaraganta** (haragán), **zacor** (haragán, en tzutuhíl). Esto te pasa al no tomar en serio la responsabilidad que tus mayores te han confiado, eres un simple pordiosero, que te aleja de la esencia y permanencia de nuestro sagrado lenguaje. Mendigas tu origen y traicionas a tus mayores, parafraseando términos no aceptados ni discutidos en consejo de ancianos.

El fracasado orador cabizbajo se retiraba, en compañía de los demás, del sitio del hombre principal. La amonestación la llevarán al seno de la cofradía para darle más represiones al **tioxinem**.

3.9 El tioxinem

Convivio religioso a departir y compartir en un ambiente espiritual.

El **YACONEN** y el **SILONEM** (mover, levantar). En el tzutuhíl fluye la metáfora y la hipóbole:

"Me ha mandado mi señor y mi amo a moverte y a levantarte (yaconem silonem). Tu mente y tu corazón estarán empeñados únicos y exclusivamente en tus faenas materiales.

Sak-abí (blanco tu cabello)

Sak-a-metz (blancas tus cejas)

surcada de arrugas tu frente y a la vez eres testigo del ayer ido y vivido, de muchas lunas y soles nacer y fenecer.

"Mi amo y señor conocedor de tus virtudes, no puede pasar por alto tu nombre ya registrado por méritos en el historial diario de las generaciones presentes y venideras.

Magal-tá-achí (no son infantiles tus labios)

Magal-tá-wach (tus ojos de experiencia). Ambos son testigos de un pasado ya glorioso.

"A tantos días a partir de hoy mi amo y mi señor, quiere y añora a que te bagas presente, puntualmente al portón de la iglesia, allí mandará por ti a sus servidores y te llevarán consigo hasta el sitio de honor que te tiene reservado ya sea enfrente o a su diestra, a oír la santa misa. Terminados los santos oficios, todos vosotros saldréis compactos para la casa de la Ermita, donde mi amo y mi señor cofrade tiene algo que ofreceros y que daros".

"Quedas desde ahora a la fecha invitado de honor, si en lo sucesivo vinieran nuevas invitaciones díles que ya estás comprometido con mi amo y mi señor".

El **tioxinel** invocaba el nombre del santo de su cofradía, besaba un puñado de tierra, hacía la señal de la cruz y daba su espalda para ir a casa.

El tioxinem

Se repartía entre las cofradías. Para la fiesta patronal del pueblo, la cofradía encargada de hacerr el **yaconem** y el **silonem** era la del Santísimo Sacramento. Puesto de acuerdo el cofrade con su juez, daban la autorización al primer mayordomo. En compañía de los demás se dirigían a las casas de los principales y consejeros del pueblo:

"Ta su señoría".

Sak-Abí
Sak Ametz.

Vengo en cumplimiento de mi misión, soy embajador de la cofradía del Santísimo Sacramento y traigo el encargo de los señores de mi cofradía, que va veinte días a contar de la fecha, te levantes y llegues arrodillarte y a doblegarte en el seno de la Santa IXOCJAU IGLESIA.

Ixokajau (Mujer dueña de la ceremonia)
E-Moquen-te-ebi (todos unánimemente juntos, que no se quede uno atrás)

E-Moquen ta e-wach
Maxta ti pu'kan jun (Que no se desboje uno, ni se desgrane ni desazone otro, sino todos cuajados lleguen a la invitación)".

Aquí respondía el principal agradeciendo el privilegio que le daban y decía que a la fecha señalada y puntualmente haría acto de presencia. "Tomando en cuenta el compromiso que nos liga a nuestras costumbres y tradiciones. Dile a vuestro señor que gozoso llegaré a su invitación y no en balde os ha mandado y vuestras palabras no han sido en vano sino han conmovido todo mi ser, desde hoy haré revista a mis necesidades más urgentes, para que el día y la hora que me habéis pedido estaré libre de cualquier preocupación".

3.10 Para la semana Santa

Los encargados de la invitación eran los de la Santa Vera Cruz y hacían el **yaconem** y el **silonem** a las autoridades municipales.

"At ka'jau (nuestro dueño)
At achi (hombre)
Alakaben (te has extendido)
A moquen (nos tienes en un solo puñado)
A golon (nos has guardado)

A kot'zij (tus flores)
A jotay (tus retoños)
A Kas'tal (tus guitarrones)
A gua'guan (tus sembraditos de milpa)
E ru bi a ka' (tus dedos de la mano)
E ru bi a guakan (dedos de tus pies)
Ix tzubulí chupan ri josom tem (estáis sentados en la banca y las sillas ejecutivas)

Ix tzubulí chupan ri josom chakat
Eres nuestro dueño, hombre te has extendido y guardado, nos has agrupado en un puñado. Hoy venimos hacer la invitación a que todos juntos, tus flores, tu milperío, tus guitarrones, quienes estáis sentados en la banca y sillas ejecutivas".

Todo esto es figurado, la interpretación es diferente, ya que al mencionar "guitarrones" se refiere a la autoridad coercitiva del depositario de la misma al hacer cumplir la ley, si fuera posible con medios de fuerza, como al mandar a la cárcel al infractor o al ordenar una arroba de látigos al ladrón, etc.

Cuando dicen "los dedos de tus manos y los dedos de tus pies" se refiere a los subordinados a su autoridad, "vuestrs fieles servidores".

Cuando habla de "flores, retoño, milperío", se refiere a la amistad, comprensión y compañerismo entre jefes y demás subordinados:

"Todos juntos queremos que lleguéis a nuestra cofradía de la Santa Vera Cruz.

Ixkate xukeé a doblegaros y arrodillaros ante la ixokajau Santa Vera Cruz.
Ixkate mejeé".

3.11 Para la fiesta patronal

Concurrían a misa toditos los principales y consejeros.

Aún entre ellos había puestos vitalicios, como decir el del primer principal, el segundo y el tercero, de allí seguían los demás. Solamente por motivo de fuerza mayor convocaban para subir a uno de ellos a los puestos claves, ya sea una enfermedad, que imposibilite al titular, o la muerte.

El nimaki'j

Eran cuatro días bien marcados. El primero era el **cam-sabal chicop** (destace de reses). El **molob tiox**, o sea la junta de todos los santos de las cofradías de la iglesia.

Los encargados de la junta eran recibidos en las cofradías con el **tzimay de matz** (atole de maíz picante), pero lo que más abundaba era el guaro, porque esto no llenaba. Aquí todo iba amenizado con música de tambor y chirimía.

Por otro lado, se desarrollaba el **molob xoj** (la junta de todos los bailadores). Pasaban con el más pequeño hasta completar, con todos los integrantes el baile, ya sea de Conquista, Micos y Venados o algunos mexicanos. Para los músicos abundaba el chocolate con pan, la bebida la regalaban a los entrometidos que sin ningún objeto andaban con los bailadores viviendo de parásitos. En cambio el guaro sí lo empinaban los músicos y para el pan llevaban unas mantas donde iban echando hasta rebasar.

Cuando los músicos de ambos ritos ya estaban bien pasados de copas, los del tamborón a veces ya no atinaban con sus baquetonas y pegaban en las costillas de los cargadores; los de los bailes se iban de un lado a otro con sus piezas todas desentonadas.

Por la noche se acostumbraba el **guaran koj** (o sea la vela de las máscaras). En la casa de la Ermita de San Andrés, se tendían grandes petates donde se exhibía todo el arsenal del baile.

El gran **zahorí** hacía acto de presencia aderezando una vara bastón, para invitar al santo del baile. Si era de Micos y Venados era invitado invisiblemente durante esa noche el ángel San Gabriel Arcángel.

Para la víspera se hacía la valla de mayordomos desde el portón de la iglesia, descubriendo las cabezas de los principales y consejeros, besando sus manos. Otros los

conducían al sitial de honor. Terminada la misa, los mayordomos ya habían trasladado las prendas a la municipalidad y en coro extendían la invitación a todos los principales para que los acompañaran por un momento al salón municipal. En unos muebles antiguos con anchos respaldos se hacía sentar en forma circular a todos los invitados. Llegaba la primera remesa de azafates de plata llenos de centenas de copas de licor. Ni muy se habían sentado principiaban los brindis al compás de los sones tocados con cuatro baquetas. Ya los viejos un poquito "entonados" se levantaban uno tras otro rompiendo con el paso el compás de la música y bailando en forma circular le daban la vuelta a todo el amplio salón.

Toditos los hombres iban vestidos impecablemente con sus ropas nuevas. El estreno: saco negro de jerga momosteca con unos cinchos de la misma tela sobre sus espaldas, con sus respectivos distintivos del zute tradicional, al principio en sus hombros y por último amarrando sus cabezas.

Se destapaban y descorchaban botellas de licores, según la constitución física de cada uno, hasta donde eran capaces de aguantar. Ya bien tarde, cuando miraban a uno bien pasado de copas, salía la comitiva y entre chirimía y tambor era llevado a su casa y si ya no era capaz de hacerlo por sus propios medios, pues se lo echaban "a tuto", a modo de no tropezar sus pies o hacerse daño o quedarse tirado como un "don nadie" por las calles.

Los mayordomos eran recompensados por los familiares del principal con vasos de guaro y así, con más gusto retornaban por otros llevándolos a sus casas.

Para semana Santa

Se seguía otra forma. Los mayordomos contribuían cada uno con cinco quetzales, exclusivamente para comprar guaro; además compraban un chompipe y lo entregaban a la casa del cofrade. Para los días jueves y viernes santo, se hacía el gran jolgorio. Primero se servía en mesa lo que habían aportado los mayordomos. Los hombres comían opíparamente, eran exagerados los tazones de barro de donde se servía gran cantidad de caldo, tremendas porciones de carne de pavo, verduras, canastadas de tamalitos.

Esto no concluía así nada más, porque el dueño de casa no quería quedarse atrás y volvía a la carga a servir, sólo que en porciones un poco menores, y los mismos comensales forzosamente tenían que "hacerle entrada" para no ofender o menospreciar al dueño de casa.

Los seis jueces, mandaban un pollo relleno, pescado frito y unos grandes panes adornados con flores de azúcar, menú que se servía en el convento, para el jueves santo. Se les pasaba por las narices a los apóstoles para olisquearlo únicamente; después se iban con destino de sus mismos proveedores.

El **nima-ajtij** (el gran maestro) era el encargado de celebrar todos estos actos litúrgicos.

Cada mayordomo salía con su tanatío de carne, al que le llamaban **coch** (regalo), y lo llevaban a casa. Por la mañana pasaban los mayordomos, bien peinaditos, cruzándose por distintas direcciones, llevando dos morritos (**tzimay de matz**) en las palmas de sus manos, cubiertos con unas servilletitas impecablemente blancas, haciendo buen juego con el color negro de los morritos. Estos regalos iban a los que por una u otra causa habían tenido participación directa en la fiesta, como los que tocaban el tamborón, la chirimía, algunos que otros principales, etc., etc.

El **coch** se practicaba en todas las fiestas, ya que la alimentación era bien abundante y cada mayordomo llevaba siempre su servilleta para estar listo, y llevar en ella, lo que otros le llamaron el **colonel** (o sea el sobrante) y así convidar a los suyos.

Era mucho el cuidado y la pena de los de la casa del cofrade, de que los mayordomos estuvieran contentos y no se oyera algún rumor por la calle de que el menú era un poquito escaso. Esto acarrearía graves repercusiones en el seno de las cofradías.

3.12 El mocana

A las dos de la mañana se dirigía la gran muchedumbre a la casa de la cofradía de Santa Cruz. Era un bullicio que hacía temblar la tierra, eran cientos de matraqueros quienes iban a tomarr **matz** a la cofradía y de regreso con el mismo ruido

traían la urna para la iglesia, donde era colocado el crucificado.

3.13 El implacable Arroy

Durante la cuaresma, todos los moradores del pueblo habían de observar excelente conducta, ser intachables, no dar motivo a ningún incidente, andar con pies de plomo, porque era la época cuando los sátiros se aprovechaban para apabullar a los infractores.

En el curso de la semana mayor, los alguaciles fabricaban a su **Maximón**. Estos le daban un nombre más familiar y le llamaban **Arroy**, un personaje jocoso. A cada quien engañaban con andar diciendo: "¿te andan buscando?" o "te llaman" y al responder: "¿quién?" le contestaban: **Arroy**. Al personaje lo sentaban en el corredor de la Municipalidad, pero por su misma forma de confección, ya los vecinos de antemano se daban por entendidos de que **Arroy** con seguridad iba a remedar a fulano de tal.

Podía ser un incidente que aún estaba palpitando, como el caso: una mujer robó una gallina; un muchacho robó pan; un hombre robó mazorca; otro raptó a una patoja; uno huyó del cuartel; una mujer adúltera, etc., etc. Los alguaciles eran unos verdaderos artistas para exprimir, enjuagar y retorcer a los caídos, con el muñeco.

Después de medio día arrojaban al muñeco desde un alto ventanal de la iglesia y se quedaba suspendido con el cuerpo del delito de quien iba a remedar.

Pasadas las 3 p.m., se asomaba con toda la solemnidad desde el portón de los devotos, se iban enfilando a engrosar la procesión de la tarde. Los curiosos se iban acomodando en el gran patio de la iglesia.

3.14 El cumuc

Era un monumento en gradas circulares, de piedra labrada, hasta coronar en una cruz de metal.

Para la fiesta este monumento se engalanaba de vistosos colores de la ropa de los pedranos, que buscaban alojamiento sobre estas famosas gradas para ver con toda la comodidad los sucesos de la fiesta.

Desde el alto ventanal todos los sátiros, amarrados con lazos de seguridad en compañía del dios Baco, se daban a la tarea de ridiculizar, deformando gentes y cosas.

Desde abajo la muchedumbre rechiflaba, se ahogaba en risas y llantos al ver a sus personajes suspendidos desde lo alto del frontispicio del templo.

Cuando la procesión retornaba a la iglesia, dejaban caer al muñeco sátiro, y el público histérico lo partía en mil pedazos, mientras que los demás alguaciles luchaban por apoderarse de los despojos del muñeco.

Aquí terminaba toda actividad. **Arroy** sería reconstruido y llevado a la cárcel del pueblo acusado de delitos capitales:

1. El soborno a los sacerdotes al querer devolver las treinta piezas de plata, que había recibido al vender a su maestro.
2. Por el intento de suicidio en la horca, penado por la ley.
3. Por la ridiculización de personajes importantes del pueblo.

Desde esta hora empezaba a reinar un absoluto silencio en el pueblo, se suspendía toda actividad, las calles se quedaban desiertas. Un gran respeto y resignación, todo el mundo apenado porque Cristo ha muerto y está sepultado, las puertas celestiales han cerrado, no hay contacto entre el mundo y el cielo. Este silencio alcanzaba hasta el día sábado. Cuando de pronto repicaban las campanas, era señal de que la gloria había abierto sus puertas y toda la gente gritaba de alegría y regocijo. Esta euforia se convertía en persecución. Todos los mayores de edad llevaban en sus manos algo con que azotar a los demás. Las peores víctimas eran los niños, a quienes les sumaban todas sus travesuras del año y "sin miseria" les llovía por doquier. A los que no crecían les practicaban el secreto del zarandeo y luego los halonaban de pies a cabeza. Los árboles que no cuajaban sus frutos eran "cutaseados" con machete; en sus cortezas les echaban miel de abeja. Mientras que el pobre **Arroy**, o sea el muñeco **Maximón**, causante del alboroto, al fin era sentenciado por escándalos y amarrado a un poste. Era azotado inmisericordemente hasta romperlo y partirlo a puro látigo.

Terminada esta actividad se dirigían a las cofradías, donde estaba listo el conjunto de marimbistas y daba comienzo la gran zarabanda. Aquí hombres y mujeres se daban cita hasta no acordarse de sus nombres.

Los hombres con mayor orgullo gritaban haciendo alarde de sus servicios *ad honorem*, tanto en las cofradías como en la municipalidad.

3.14 Entrega de la cofradía

Cuando se acercaba el tiempo de entrega le llamaban **Xy-colaj ru-zamaj** o sea "acabar la costumbre".

Para esta actividad hacía el que llamaban **Guaran-tiox** (la velada de la imagen). Cada noche era amenizado el ambiente con el famoso bon, boron, bon; ten telen, ten del tamborón acompañado de la chirimía y llegaba la gente a tomar el llamado **kaj** (harina de maíz con chan). Esto tardaba ocho noches.

Terminada la semana de ritualidades, los mayordomos y sus texeles se preparaban para el lavado de la ropa de los santos. En una madrugada placentera se adelantaban las texeles cargando sobre sus hombros manojones de tubérculos del llamado **uleuf chipac** (jabón de tierra), parecida a la cebolla. Con este material lavaban la ropa y quedaba muy blanca, mejor que con los químicos.

El traspaso de una cofradía a manos nuevas era muy pomposo. Aquí era donde se exhibía el potencial económico del personaje saliente para ser visto, admirado y codiciado por el público.

Se concertaba un punto de mayor afluencia de público, en donde se hacía el traspaso. La muchedumbre observaba el desfile de cargadores de bombas voladoras que hacían tronar el cielo. Una blusa de blondos y encajes. La **ixokajau** (mujer **ixocajau**: dueña), o sea la mujer del cofrade, quien recibía o entregaba ceremonialmente en compañía de sus texeles, estrenaba. El santo de la devoción del cofrade y los santos menores que estuvieron en la cofradía haciendo compañía al santo de la devoción también estrenaban vestiduras. El señor cofrade estrenaba sombrero de fieltro, camisa de jaspe o "chemiz turqueza", **sacabli** (pantalón) bordado con pajaritos

de lustrina o sedalina. Las texeles iban ataviadas con sus mejores prendas.

Por último, iba una fila de cargadores llevando sobre sus espaldas cofres antiguos en bellísimos acabados, los cuales contenían todo el tesoro del santo de la cofradía. Los incensarios de plata se movían como péndulos de reloj, levantando humo oloroso.

Por otro lado, ceremoniosamente se acercaba otra comitiva, o sea la de los nuevos, que recibían la cofradía. En el momento culminante, bajo el estruendo de las bombas voladoras y el repique de las campanas se abrazaban efusivamente las dos *ixokajaues*. Mientras se hacía el traspaso, corrían de mano en mano, de boca en boca, las copas de licor, compitiendo en el servicio las dos comitivas fusionadas, a ver quién servía más grande y con mayor precisión.

Aquí se despedían los dos grupos: a los salientes los esperaba en casa la marimba y en vez de cofres retornaban los cargadores con cajas de guaro. Los curiosos contaban cuántas cajas llevaban consigo los excofrades y daban principio al gran jolgorio, que duraba de tres hasta cuatro días, con sus respectivas noches, de pura zarabanda.

3.15 Traspaso del poder civil

Los principales, en sesión permanente, elegían el hombre más apropiado para desempeñar el alto cargo. Eran deliberaciones para escoger al más dinámico y honrado, al que justamente ha escalado los puestos, al hombre capaz de encauzar a su pueblo. No se tomaban en cuenta a los oportunistas ni a los amigos de encumbradas personalidades ni a los ambiciosos y farsantes que llegaban a ofrecer la construcción de un puente sobre el lago.

Eran gente de paz y de trabajo para producir la tierra. Las elecciones las hacían para llenar un requisito, ya el pueblo de antemano sabía quién iba a ocupar la primera magistratura pueblerina y sin remuneración, sino simplemente servicio gratuito, como buen vecino, para luchar durante dos años, practicando toda clase de costumbres que exigían una regular posición económica para hacerles frente.

3.15.1 Primer acto

Al recibir la posesión del alto cargo se le entregaba la vara color caoba con empuñadura de plata y contera del mismo metal; el bastón era símbolo de autoridad y señorío.

En el acto también recibía un tubo de metal rollizo y en su interior iba guardado nada menos que el título del pueblo, según cédula real de tiempos de la colonia.

Se hacía un riguroso inventario del Santo Andrés, cargado por alguaciles menores, consistente en el primer lote de cofres antiguos llenos de vasijas de barro, porcelana impermeable y finísima, vasijas de cerámica antigua; vajillas de diversas formas: platos hondos, planos, servidoras de pura plata, vasos, picheles, ollas, sartenes, cuchillos, todo el instrumental como para montar una cocina perfecta.

3.15.2 Segundo acto

Entrega de preciosísimos manteles con bordados antiguos, manteles pequeños calados con arte aborigen, de hilos y colores antiguos; bigoteras especiales; el zute tradicional tejido en vivos colores de rojo "maxento" con listaditos negros, para cubrir la cabeza de los principales en los actos ceremoniales y portarlo al hombro por las calles.

3.15.3 Tercer acto

Entrega del instrumental de labranza, consistente en: piochas, hachas, picas, palas, azadones, cadenas, martillos, uñas, clavos, etc., suficiente como para montar una ferretería.

3.15.4 Cuarto acto

Ropa de puro encaje en diferentes colores y tamaños, para mudar a los santos; cortinas de olán,

grandes lienzos de mosaicos imitando al cosmos de día y de noche, en fin, estas eran las pertenencias del santo, entregadas en buenas manos y custodiadas con buen corazón.

Llegaban los alguaciles primero y segundo, puestos altamente ambicionados en la jerarquía por los de abajo. Se adornaba el gran salón de la Ermita, se buscaban todas las flores, hierbas y hojas perfumadas para impregnar con sus aromas el recinto. Se sentía el olor a resina y a fruta madura de melocotón, toronja, pataxte. El dintel de la casa de la Ermita artísticamente adornado con siemprevivas, la alfombra de pino recién deshojada y el incensario de plata moviéndose por las narices de los santos, colocados sobre el altar mayor, despidiendo su inconfundible aroma, haciendo de la Ermita una verdadera pagoda pedrana.

3.15.5 El pixabinem para los alguaciles

Pixab: erupción, arrojar todo lo bueno y lo malo de la experiencia vivida, consejos, testimonios, exhortación por los ancianos a los jóvenes servidores de su comunidad. Se les hablaba de la obediencia estricta que deberán observar y guardar a los depositarios de la autoridad del pueblo, desde el alcalde, sus concejales, los mayores, hasta los alguaciles de un poco más categoría que los principiantes.

La obediencia consistía en el saludo a sus mayores: **A-wach-tá:** (cómo está su señoría), y besarle la mano derecha, quitarle el sombrero si estaba de entrada y si de salida ponérselo, y si había que acompañarlo, el alguacil tomaba su varita larga y bien pulida con su respectiva seña de chamey e iba con el alcalde o alguno de los concejales adelantándole un paso de distancia golpeando su varita en el suelo los llevaba al lugar del destino.

3.16 El silonem

Era simplemente las citas que hacían los alguaciles a los vecinos. En el **pixab** el anciano les hacía ver que sólo irán "al mandado", ya que la gente acostumbraba poner en confesiones a los alguaciles diciéndoles: ¿para qué me quieren?, sólo a mí me han citado, ¿a quiénes más? Entonces ellos debían guardar secreto de autoridad: "No sé nada, únicamente me han mandado a que te presentes ya". Sin ir a ver y espiar por los rincones de los ranchos, sin asomarse demasiado a los **tzapines** (puerta hecha de caña, con un cordel retorcido al centro, desde donde estaba un palo rollizo atrancándose horizontalmente por dentro). En nuestro pasado ha habido experiencias vergonzosas. A más de un algún mandadero le ha caído un total repudio y odio ante el pueblo porque al aprovecharse de su calidad de alguacil se ha asomado hasta los **tzapines** y al no encontrar más que a la muchacha, la forcejea y después el gran escándalo provocado por el alguacil. Hubo que desaforarlo y mandarlo amarrado a la cabecera. Por eso se decía: "Ante todos estos desmanes, pido a la juventud servidora de su pueblo observar verticalmente la línea de conducta, que será el mayor premio que alcanzaréis en este ascenso que principiáis a escalar por peldaños hasta llegar a la cima donde están los buenos hijos de San Pedro, ya con sus cabezas pobladas de canas, sus frentes arrugadas, sus manos temblorosas, pero sobre el pecho llevan el sello del orgullo y la satisfacción de un laurel no marchitado".

*"A las tres de la madrugada baréis arriba a vuestras casas de Ermita, llevando a vuestras espaldas al curá (la tinaja masculina bien panzudita), barréis tu Ermita, como también patios y calles de vuestro señor como el de sus vecinos cercanos, y antes que el sol se asome sobre los cerros, las calles deben oler a tierra mojada, como también el recipiente de agua de la ama de tu señor estará rebasándose del líquido; una vez por semana contribuiréis con una carga de leña rajada, ya sea de palo de encino, **tzunuj ché, prixik ché, palos de alma fuerte, nada de traer chiribiscos o palos flojos ni***

podridos; tu cargamento si fuera posible debe ser de tu alto, así los vecinos te admirarán como excelente trabajador de tu comunidad”

“Por la mañana acompañaréis a tu señor desde la casa de la Ermita hasta su despacho, donde le descubrirás su cabeza y colocarás su sombrero en su lugar y antes de levantarse de su asiento esperarás con el sombrero en tus manos para cubrirle su cabeza, sólo al asomarse por la puerta de allí se marcharán a casa. Siempre observando la costumbre al llegar le tomas el sombrero y le llevarás a tu Ermita. Acto seguido el almuerzo y nuevamente te diriges a la playa por otro viaje de agua, después pedirás las llaves de la troja para desgranar el maíz para el nixtamal del día siguiente. Como cosa de las 3 p.m., retornarán nuevamente al despacho, hasta aquí el alguacil puede sentarse sobre un rústico banco donde se dedicará a retorcer sobre su músculo desnudo pita y más pita para fabricar el matate de maguey”.

Número de alguaciles titulares: el primero y el segundo para el alcalde; el tercero y el cuarto para el vice-alcalde; el quinto y el sexto para el síndico; tres para el primer mayor y otros tres para el segundo mayor.

Se repartían los días de la semana y solamente un alguacil servía a los señores. El cambio se hacía el día domingo a las 6:00 p.m. Los de la semana saliente tendían los informes. El tercer alguacil del mayor era encargado de ir por la ropa de dormir de su señor mayor, consistente en un petate y una chamarra puestos en un rollizo amarrado por un lazo; antes de las 8:00 p.m., el encargado juntaba dos bancas para tender el petate de su señor y dejar bien doblada su chamarra a la cabecera. Eso es de todas las noches, y por la mañana enrollará el petate y colgarlo sobre la pared hasta el domingo entrante, el mismo alguacil irá de vuelta con las “tujas” del mayor a colgarlas en la “casa de costumbre”, allí estará toda la semana sin formar parte de la ropa de cama del hogar del mayor.

Era mucho el personal que se necesitaba para un cambio de esta naturaleza: cinco concejales permanecían sentados a

la par del alcalde y del vice-alcalde para impartir justicia. Era un trabajo por equipo, además del síndico municipal quien también tenía su silla a la par de ellos. Había otros diez regidores menores. Estos eran jefeados por el primer regidor, quien supervisaba la actividad lacustre, que consistía en el transporte de pasajeros a Santiago Atitlán diariamente.

El dinero que recaudaban servía para viáticos, cuando eran llamados a la cabecera departamental, como también a otras comisiones a la ciudad capital, o para hacer fiestas locales, sancochos por las playas, compra de guaro, etc., etc.

Los concejales menores estaban obligados a dejar construida otra embarcación al terminar sus períodos.

Había dos mayores, quienes eran los jefes de todos los alguaciles. Ellos portaban unas gruesas varas bien pulidas. Cada mayor tenía a su servicio tres alguaciles.

Para la fiesta patronal, los de la municipalidad hacían el **mucuj** (agruparse) en la casa de la Ermita, donde estaba la imagen de San Andrés. Esta no pertenecía a ninguna de las seis cofradías, sino que era exclusivamente privilegio del alcalde primero tenerla en su casa, adornada con todos los usos y costumbres que exigían las tradiciones. Desde el alcalde hasta el último de los regidores contribuían con un miembro o un elemento para poder llevar a cabo el baile, ya sea el torito, la conquista, vaqueradas mexicanas, el venado, el palo volador, etc., etc. Y no faltaban agrupaciones particulares que hacían lo mismo para darle más colorido a las fiestas de junio. Era así como para el mero día resultaban bailando de tres a cuatro grupos distintos.

Del primero hasta el quinto concejal no tenían alguaciles a sus servicios. Por eso se buscaban a unos asistentes, quienes llegaban por ellos cuando tenían alguna comisión a la cabecera. El cargador de maleta **ikal-yal** llegaba muy de madrugada a despertar a los de casa para preparar lo necesario para un viaje de esta naturaleza. A una hora determinada se hacían sobre las aguas surcando con dirección al **Jaybal**. El lugar del alcalde era la punta de la embarcación, donde podía con toda comodidad entregarse al sueño de la madrugada. Llegados al destino arrastraban la panza de la enorme embarcación, la estacionaban junto a la orilla y los asistentes se echaban “a tuto” los gigantes morralones de pita (llamados **debez**) y se dirigían cuesta arriba hacia Sololá.

Terminados los quehaceres volvían para quedarse en el hospitalario pueblecito de San Jorge. Allí los asistentes cocinaban carne, dándose a la tarea de comer hasta hartarse. Ya bien entrada la noche dormían todos en el mismo cuarto y muy de madrugada se levantaban y surcaban con destino hacia San Pedro.

A veces los alcaldes querían amenizar mejor el ambiente. Entonces llevaban consigo a los **rebajados**. Estos eran músicos que estaban al servicio de la municipalidad y como recompensa a sus servicios, ésta no les exigía otras obras ni mucho menos pagaban sus papeles.

Ya cuando se acercaban por las playas se oía el instrumental de madera alegrano a los viajeros lacustres, desde las entrañas de los enormes troncos que majestuosamente iban rompiendo la superficie del lago, impulsados por la fuerza de los musculosos hombres de maíz amasados con barro, de espaldas anchas y brazos de hierro.

La responsabilidad de la dirección pesaba encima de los dos timoneros, quienes llevaban el freno de la fuerza de los músculos de diez fornidos hombres en cada hilera. Ya a una distancia de veinte kilómetros y de noche, a veces se descontrolaban los timoneros. Cuando la neblina cubría la superficie era cuando ellos ponían en juego sus experiencias y pericias haciendo malabarismos con sus lustrosos remos rompiendo de canto las olas que amenazaban chocar en las costillas de la embarcación.

Por la traición de la naturaleza, de pronto veían la superficie correr ante sus ojos en una determinada dirección y eran arrastrados violentamente. El lago se tornaba un río caudaloso, como los llamados alfaques de los mares, o se desataban violentas tormentas. Entonces todos los timoneros se arremangaban hasta cerca de los cojones, amarraban sus cabezas para soportar mejor la furia de la naturaleza y se entregaban a vencer o a morir y sólo se oía el silbar y crujir de las aguas al choque de sus paletas y los gritos de aliento de los dos brequeros: **jo-dey, jo-dey** (vamonos, vamonos); **juná-tá, juná-tá** (junta la fuerza, hombre).

Los tripulantes se consideraban victoriosos cuando traspasaban el cerro de **Ru-kul-ak** (pescuezo de gallo). En efecto, el cerro tiene la forma de los carrizos que forman el

pescuezo del gallo. Otros dicen haber oído allí el canto de un gallo a horas determinadas.

3.17 Desde los inicios de las cofradías

Ya desde antes se acostumbraba dar unas piezas de monedas, ya sean antiguas o las que estaban en circulación en aquel entonces. Esto quizá practicando el pasaje bíblico del hombre que dejando diez talentos a cada siervo se marchó y al volver les pidió cuentas condenando a aquel que había enterrado los talentos. Entonces los cofrades daban a sus mayordomos estas piezas, ya sea de plata u oro, con el fin de que el mayordomo acrecentara lo recibido. Al finalizar el período entregaban cuentas al señor cofrade, así se quintuplicaba el tesoro. Había unos talegos hechos de cáñamo de vistosos colores, con cordeles corredizos, donde se guardaban las piezas, según sus denominaciones. Cuando hacían inventario, aunque fuera de memoria, porque no apuntaban, ponían sobre un petate de varios lienzos los talegos, que hacían a la vez un tesoro de la iglesia.

Las cofradías tenían sus insignias y eran portadas en las solemnes procesiones por los cofrades. Eran unos discos grandes, y en bajo relieve se observaban las imágenes de la devoción de los cofrades. Todos estos símbolos eran de pura plata. Los altos principales y dignatarios del pueblo también portaban estandartes con símbolos religiosos, también de plata.

El patrono del pueblo llevaba al cuello, un grueso collar en monedas de plata, desde la medida del cuello y en forma circular, hasta caerle al pecho, y en su mano llevaba también un gallo, hecho del mismo material de las monedas. El autor de la cruz de **Nimajuyú** habla mucho de la desobediencia y la falta de respeto del indígena hacia los sacerdotes y de las constantes quejas ante las autoridades superiores. Esto trajo como consecuencia que por mucho tiempo quedaron estos pueblos sin sacerdote. Y sólo esporádicamente llegaban algunos a la celebración de misas especiales. Eso sí, cuando llegaba el cura hacia la playa le tocaban las campanas e iban inmediatamente a acompañarlo y subía en comitiva especial hacia el convento.

En una ocasión, cuando azotaban fuertemente los vientos provenientes del norte, tenía que llegar una de estas visitas, pero los remeros no pudieron cruzar el lago y se vieron arrastrados y arrojados sobre las playas. El día siguiente salió una comisión de principales a presentar las disculpas por el atraso, pero el religioso no quiso oírlos y los puso de plantón medio día, echándoles en cara su desobediencia y su falta de respeto.

Durante el gobierno del general Barrios, se dieron órdenes de que las municipalidades no intervinieran directamente en los asuntos de las cofradías. Esto alivió un poco a los vecinos del peso de las costumbres. Sin embargo, como toda esta gama de tradiciones estaban bien enraizadas, fueron muy pocos los que presentaron sus querellas a las autoridades de la cabecera. La mayoría siguió con sus costumbres.

Por la década de 1950 fueron ocupadas las vacantes que por mucho tiempo habían quedado.

El camino allanado, las costumbres arraigadas, no había remedio capaz de volver a desandar lo recorrido. Los nuevos pastores de la iglesia se quedaban bien cortos al ver semejantes profanaciones.

Pero, ¿qué hay atrás de todo esto? ¿quién le dijo al señor cofrade, como a los miembros de la municipalidad, que los bailes folklóricos, la quema del incienso, el pom, las candelas, son un requisito para la salvación?, preguntaban los sacerdotes. Entonces se abrió una guerra entre el convento y los señores cofrades.

4 Extinción de las cofradías

Las cofradías esperaban "el tiro de gracia" de los nuevos pastores de la iglesia. Los religiosos anteriores todo el tiempo alegaron en sus documentos, el destino que le daban los cofrades a las limosnas y llegaron a la conclusión de que las gastaban en las excesivas borracheras que acostumbraban.

Otros afirman que las nuevas corrientes minaron los cimientos de las cofradías y muchos se volvieron protestantes para evitarse las costumbres de las cofradías. Sin embargo, no se libraron de las costumbres civiles con la municipalidad.

En realidad fue el factor económico el que más contribuyó a su capitulación, porque eran excesivos los gastos que hacían los propietarios. Un cofrade tenía que tener una troje de buen tamaño para poder hacerle frente a los gastos durante el año.

Las borracheras eran excesivas, cada cofrade se daba el lujo de comprar por cajas el guaro, eran grandes pachonas con etiqueta de volcán, que llenaban los recintos.

Para las fiestas de las cofradías, contrataban marimba por varias "tocadas" y era un nunca acabar de las zarabandas. Hombres, mujeres y niños "movían el esqueleto". Unos terminaban morados, otros en la cárcel, etc.

Durante esta época de fervor medio antiguo y cristiana, muchos "se dieron su paquete" ante la vista de vecinos, pero la realidad era otra, ya que al final de cuentas habían vendido sus propiedades y por último emigraron a la costa con las manos cruzadas.

4.1 Telepatía entre miembros del concejo del pueblo

Cortez vivía cerca del embarcadero. En una noche de gran insomnio oyó la voz de su compinche Cosme sobre el muro de contención de su casa. Luego se imaginó que Cosme había regresado sin duda de Sololá y que había comprado un cofrecillo en el mercado, ya que oyó decir a su asistente: —"sacá del cofre la botella, esa llena no, mejor terminemos con la comenzada". El hombre tenía seca la boca, sus glándulas no segregaban saliva, pero lo raro fue que al llegar sobre el muro oyó la misma plática pero un poco más arriba por la misma calle. El hombre avanzó y cuando llegó al sitio oía la plática por la esquina. Al llegar allí oía que habían avanzado siempre con el mismo tema. La voz misteriosa lo fue llevando y sin darse cuenta llegó hasta la casa del gran viejo, que quedaba distante de la de él. Vio la puerta entreabierta y la luz del candil alumbraba a su asistente: —"mejor terminemos con la botella comenzada, la llena para otra ocasión". Cortez le contó su experiencia al viejo, quien le respondió: —"no me extraña, lo mismo me ha sucedido a mí, el guaro tiene un poder misterioso, ya que el poseído por él es llevado a rincones remotos, hasta conseguir su objetivo. ¿Ves esta noche? Ni siquiera nos hemos movido de nuestro

sitio, yo aquí en mi hamaca resguardándome del frío y dando órdenes a mi asistente a que me alcance la botella comenzada, y no es mentira, allí en el cofre hay una botella llena de puro buen licor”.

4.2 El alcalde imparte justicia

El **chini-ma-jay** (el gran corredor) hasta en la actualidad, a pesar de que ni rescoldo quedó de la gran casona de teja con piso de ladrillo de barro. Este era el corredor de la antigua escuela de San Pedro.

Una mañana la gente estaba aglomerada. El mayor, o sea el jefe más inmediato de los alguaciles, resultó alegando a viva voz en el alargado corredor de **Chini-ma-jay**. Decía que había capturado a un grupo de trasnochadores que cantaban acompañados con una desafinada guitarra, interrumpiendo el sueño de los laboriosos vecinos con sus monótonos cantos, que parecían himnos guerreros en tiempos de la conquista. El silbatazo de barro del mayor no fue atendido y se vio obligado a declararles la guerra en tiempos de paz. Antes que saliera la dama del rancho, les cayó encima para prenderlos. Las únicas armas de los autores del escándalo eran sus botellas vacías y la desvencijada guitarra. Se armó entonces “la molotera”. Los hombres se abrazaban unos a otros, pasaban silbando los envases sobre sus cabezas e iban a estrellarse como granadas sobre las piedras. Todos huyeron y se metieron por los ranchos, pero quien llevó la peor parte fue el jefe de los alguaciles, pues resultó con el instrumento de cuerdas colgándole en el cuello como un collar de madera fina en clave de fa. Sólo lograron capturar a uno de los bohemios. Entre forcejeos y empellones y después en peso lo llevaron a dormir a la cárcel. Al día siguiente se dieron cuenta de que a quien habían capturado no era tal bohemio sino una mujer disfrazada, pero ya la tenían en confesiones: quiénes eran los demás; fulano a traerlo; mengano, perencejo a traerlo, etc., hasta que llegaron toditos los implicados en el escándalo de la noche.

Se dio principio a la justicia, que era seria y delicada, ya que el mayor no se había despojado del collar musical que le colgaba del cuello y refunfuñaba, se paseaba de un lado a

otro, cerraba el puño y acariciaba con ademán despectivo el collar, pero lo andaba llevando como cuerpo del delito de los escandalosos. Otro de los trasnochadores andaba sin lavarse la cara, presentando el estallido de una bomba de chaves en su rostro, pringadito de sangre; otro llegó con un saco tijereado del hombro y lo llevaba como acusación contra la autoridad del mayor. El juez y alcalde primero vio desfilar las consecuencias de la batalla campal y preguntó al del saco si afirmaba su posición, “ya que a simple vista y sin ningún expertaje ese saco fue premeditadamente tijereado”: “sí o no, o de lo contrario pido averiguaciones sobre la pieza”. Contestó: “Tiene razón, contestó el acusado, pero por salir corriente halé este saco”. “Pues tenga más cuidado porque puede también ir corriendo a la cárcel por calumnia”.

Continúa la confesión: “quién te invitó a salir a la serenata de escándalo? “Ellos”. “Apunte mi secre, ¿por qué te disfrazaste?” “Me dieron ganas o que diga me obligaron”. “Allí hay un delito de parte de ellos aunque confesó que lo hizo de su voluntad”. “¿A quién le pidieron permiso?” “A nadie”. “¿Por qué? Porque todos estaban bolos y la única que andaba cuidándolos era yo”. “Es reo confesa —dijo el juez— somatando la mesa, no para intimidarlos sino para revestir de más autoridad el caso. Tú eres la culpable de este bochorno, por el que mi mayor sin querer durmió con el collar, no de piedras preciosas sino de notas musicales, y a Dios gracias es de cabeza pequeña y qué bien le entró ajustado el orificio del instrumento que sólo leves raspones le ocasionó la entrada a presión y no merece hospitalización”.

Sonó un timbre de campanitas roncadas. Prestamente se presentaron una legión de alguaciles quienes llevaron a la mujer otra vez a la cárcel.

La sentencia: veinte días de arresto menor a ocho centavos diarios y como no va a conseguirlos ni tampoco los hombres la irán a ayudar, entonces que se encargue el mayor ofendido de vigilarla a que cumpla con su tarea de moler cal y acarrear agua para las flores.

Suerte del mayor a quien no le hicieron tragar su gorgorito de barro, ya que uno de los componentes de su grupo era adicto a comer tierra mojada y en un descuido del jefe lo trituró como chicharrón retostado entre sus dientes,

no así el otro bolo, quien poco a poco estaba limpiando con saliva los residuos de envases, como que ya no quería seguir tomando parte de más jaleos.

Llega un cuatazo del alcalde, amigos de carne y uña, quien iba demandado por existir delito. "Amigo, antes de practicar la justicia debo aclarar mi posición: aquí acabóse la amistad, en la calle y por doquier seguiremos, menos en este despacho, aquí soy autoridad y nada de contemplaciones de ninguna índole. ¿Enterado? El demandado soltó una carcajada en el despacho, el juez haló la pita del timbre y nadie llegaba en su auxilio. Después de tanto llamar entró el mayor sorprendido, porque nunca pensó lo que le podía suceder al amigo. "Llévenme a este hombre a la cárcel". Cuando comprendió la seriedad del caso, se disculpó de su risotada. "Nunca pensé que fuera así conmigo". "Es cierto señor, pero tome en cuenta es culpable en la demanda y tiene que pagar daños y perjuicios y de ribete se viene a reír a carcajadas en mi despacho, qué ganga, ¿verdad? Mi secre, apunte allí: fulano entabló demanda a este despacho en contra de él y como prueba vinieron los testigos a confirmar la veracidad de lo sucedido, son personas honorables y vecinos de ésta, sus declaraciones no adolecen de mentiras ni parcialidades, por tanto resultó culpable y se hizo acreedor de la sentencia, pagando una multa en relación a su condición económica basada en su propia condición y confesión cuando fue protestado a decir solamente la verdad, al declarar su oficio de destazador de reses y gana un promedio de cinco a ocho quetzales en cada pieza destazada. Póngale diez días de arresto menor con promedio de siete quetzales diarios, y si no los consigue pues que raje piedra en la calle que conduce a la playa". "Que quéeeee ¿yo?, ¿rajar piedra?, eso nunca señor juez". Ya no hubo necesidad de halar la pita, bastó un reojo al mayor, quien pronto gritó: "Llévenlo a la cárcel!". Ya le habían caído encima, cuando fue atendido por el juez en su última petición, quien ordenó esperar. "Le doy dos horas de plazo a hacer efectiva la multa y si en caso no consiga, sepa y entienda que irá a dormir a la cárcel, el mayor mande su custodia porque ya es reo". "Yo custodiado; nunca", protestó airado. "Llévenlo al bote", concluyó el alcalde. Antes de finalizar la frase ya iba cargado como alacrán muerto por una legión de hormigas.

Siguió el proceso del día anterior. Logré una comunicación con el jefe político y me aconsejó elevar al reo rebelde a cumplir allá su condena. "El mayor ya escogió a los custodios, sólo estamos esperando que manden de su casa sus cobijas y a la vez se invitó a sus familiares a que lo vengán a despedir, se irán por cordillera, solamente son doce leguas medidas con tiras de hule". A esto ya el reo estaba arrodillado implorando perdón y suplicando lo dejaran en el acto ir a rajar piedra hacia la orilla del lago. Por más que quiso sobornar no lo consiguió y sólo le quedó esta amarga experiencia.

Todas las mañanas se recibía para entablar una demanda, consultar sobre algún problema. Los invitados llevaban presentes: dinero, pan, gallinas ocultas debajo del delantal, si eran mujeres. Todo esto se negaban a recibirlo. "Yo entiendo, si les recibo la gracia, sería maniatarme en mi autoridad e imparcialidad y a la vez me harían cómplice, ¿entonces cuál sería la ganga que ustedes un día confiaron en mi persona? Sólo para defraudarlos por una simple dádiva, no sería justo ni correcto. Estaré en mi despacho a la hora reglamentaria y allí discutiremos el asunto con la parte afectada, sin compromiso con alguno de los bandos. El que se considera limpio no tiene porqué temerle a la justicia, en cambio el culpable trata de ganar la autoridad sobornando al jefe y está cometiendo un delito. Le acepto el regalo si voluntariamente me quiere dar, pero sin comprometerme a defenderlo a la hora de la verdad. Entonces mejor tráigamelo después de practicada la justicia". Muchos llegaban después de resueltos sus problemas.

Era mucho pedir una brillante actuación a una generación ya pasada y a un hombre que ni siquiera estuvo media hora sentado bajo la dirección de un maestro, ni conoció un banco rústico ni una aula de techo pajizo de una escuela. Si acaso aprendió a medio leer y hacer su firma, esto fue por puro interés de él y todo lo que alcanzó fue el producto de su puro empirismo.

San Pedro La Laguna



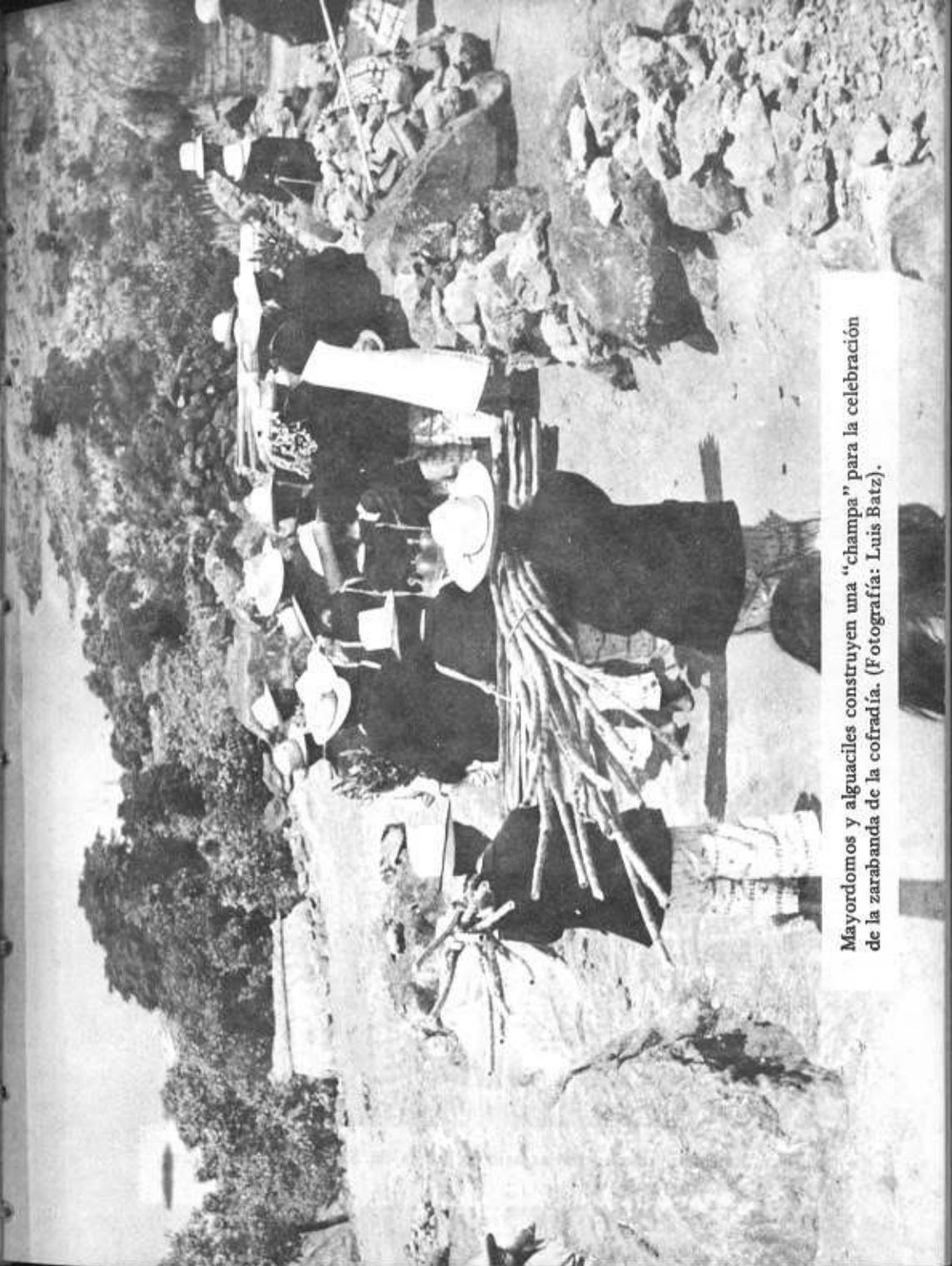
Alcaldes y Principales del pueblo San Pedro La Laguna. 20 de junio de 1964. (Fotografía: Luis Batz).



Acto de entrega de una cofradía. Obsérvese los adornos del andal.
(Fotografía: Luis Batz).



Imágenes de una de las cofradías de San Pedro. Obsérvese al Nim-Ajtij (gran maestro), portador de los libros sagrados. (Fotografía: Luis Batz).



Mayordomos y alguaciles construyen una "champa" para la celebración de la zarabanda de la cofradía. (Fotografía: Luis Batz).



Las dieciocho texeles de las seis cofradías de San Pedro La Laguna.
(Fotografía: Luis Batz).